

Última Frontera

Vairoleto: vida y leyenda de un bandolero

Hugo Chumbita Planeta, 1999

Juan Bautista Vairoleto encarna en la Argentina del siglo XX la figura extraordinaria del "buen bandido": el bandolero, presente en las narraciones de todos los tiempos, que robaba a los ricos para ayudar a los pobres.

En las pampas del centro y el oeste donde la colonización comenzaba a allanar la frontera interior, este jinete errante, un hijo de inmigrantes italianos, que esgrimía el Winchester en vez del facón, caído en desgracia por una "mujer de la vida", perseguido durante veinte años por la policía de seis provincias y territorios, simbolizó con sus andanzas y gestos románticos la continuación de la rebeldía tradicional de los gauchos. Fue un héroe para los chacareros y los peones de la pampa seca, los hachadores del monte, los puesteros de las travesías y los paisanos indios de la meseta; recorrió el país desde la cordillera patagónica hasta las selvas del Chaco, donde se juntó con la famosa banda de Mate Cosido, pasando por la estación Once y el barrio porteño de Barracas; se mezcló en las rivalidades políticas de la época del yrigoyenismo en La Pampa y Mendoza y participó de la agitación agraria de los anarquistas.

Después de su trágico fin, Vairoleto se convirtió en un santo milagroso para mucha gente. El mito persiste y sus aventuras han sido y siguen siendo contadas por los payadores y poetas populares, fueron escenificadas por compañías itinerantes y teatros experimentales, propaladas por la radio, recordadas por crónicas y narraciones novelísticas, reproducidas en historietas y llevadas al cine. El primer trabajo del autor sobre el tema, publicado hace treinta años, sirvió de fuente para muchas de esas recreaciones. Este nuevo relato devela algunas intrigas y reconstruye la trama de vivencias de los protagonistas para explicar la vida, el fulgor y la muerte de un personaje inolvidable.

I. La pampa violenta

Era una villa chacarera crecida alrededor de las vías, allá en el Territorio de La Pampa Central. Los molinos metálicos erguidos por encima de los techos de las casas de ladrillo y de chapa, gente a pie y en sulkys, chatas o breques atravesando sus calles anchas, polvorientas, laboriosamente ganadas a la llanura y barridas por vientos incansables. En 1919, cuando Europa y el mundo emergían de la “gran guerra” y gobernaba el país el presidente Yrigoyen, Colonia Castex había cumplido una década de airosa existencia afrontando las inclemencias del cielo y de la tierra. Detrás de su tranquila apariencia, este caserío era el vértice de ambiciones febriles y grandes negocios en los que se amasaban fortunas, escenario de furiosas pendencias y disturbios que con frecuencia ponían a prueba a las autoridades. Resonaba todavía la ira de los agricultores, el escándalo de las parvas quemadas, el odio y el miedo por las represalias que arrearon a la cárcel a muchos colonos. La huelga agraria había reavivado la protesta por los atropellos policiales, tensando al máximo las disputas por el poder municipal que de un tiempo a esta parte envenenaban la vida del pueblo, y esas malas señales enrarecían el ambiente el día en que sobrevino otro episodio fatal que sus habitantes recordarían por años y años.

Era la una y media de la tarde del 4 de noviembre, hora que quedaron marcando durante largo tiempo las agujas del reloj de pared de la fonda La Colonia de Santiago Peirone, clavadas en ese ángulo, rota la cuerda por el impacto de una bala perdida: uno de los tiros de revólver que no acertó al cuerpo del hombre que moriría allí, en la esquina de la que después fue la calle España, junto a los carros y caballos amarrados al palenque; a la vista de todos y de ninguno, porque nadie podría haber ignorado lo que estaba pasando y sin embargo ante la ley nunca hubo testigos que dieran fe de las circunstancias.

Un joven rubio de aspecto simpático y humilde, de mirada huidiza bajo la línea oblicua de las cejas, en mangas de camisa, con sus bombachas batarazas y las alpargatas negras moteadas por el polvo, estaba en el interior del local, compartiendo una botella de cerveza en la mesa de algunos amigos. Fue entonces cuando vio rondar afuera la silueta inconfundible del gendarme Elías Farache, un hombretón de gruesos bigotes negros con el ceño fruncido, gesto que acentuaba la reciedumbre de su cara larga y la mandíbula cuadrada partida en el mentón, cuya actitud no presagiaba nada bueno porque, como casi todos ya sabían, existía un encono entre ambos, un enredo de faldas, orgullo y venganza. El gendarme esperó a que saliera y lo increpó:

–¡Quieto ahí!

El muchacho trató de eludirlo, pero el policía se interponía en su camino, amenazando con el rebenque que traía colgado de la muñeca izquierda.

–Ese caballo en que andás es robado –dijo señalando un soberbio zaino atado al palenque.

–¡No es cierto!

–¡Date preso! Vas a venir conmigo a la comisaría.

–No me provoques, Farache.

—¡Yo te voy a enseñar quién es el que manda!

El muchacho dio unos pasos hacia el zaino con intención de montar y el otro se lo impidió, haciendo zumbir en el aire un talerazo que le pasó rozando. Entonces retrocedió para esquivar los golpes, perdió el equilibrio y cayó. Desde el suelo, extrajo el revólver que llevaba calzado en la faja y disparó tres veces. Uno de los proyectiles atravesó la puerta principal de la fonda y fue a incrustarse en el reloj de pared, deteniendo la cuenta del tiempo. Otro perforó los pliegues de la camisa del policía y le voló la gorra. Farache no alcanzó a sacar su arma, pues el tercer balazo le atravesó el cuello y se desmoronó.

Mientras se desangraba, boca arriba en la vereda, su matador saltó al caballo y se alejó a galope tendido por las calles del pueblo, ante el asombro de algunos que lo vieron pasar sin entender todavía por qué.

Así comenzó la huida interminable de quien habría de ser el famoso bandolero: una carrera por los montes y travesías de medio país, perseguido por la policía de seis territorios y provincias, que se prolongó durante dos décadas. El recorrido de Juan Bautista Vairoleto se inició en la Pampa Central, fue extendiendo su radio al sur de Mendoza y San Luis, a la región patagónica de los ríos Negro y Neuquén, y llegó hasta los bosques del Chaco. Este trayecto delimitaba el gran manchón desértico instalado en el corazón de la República, y un espacio análogo de la frontera noreste, donde con mayor evidencia el imperio de la ley todavía era una ficción y el orden estaba en tela de juicio. Su camino se entrelazó por allí con las luchas políticas aldeanas, con las protestas de los campesinos y con la utópica revolución anarquista. Su aventura fantasmal tuvo rachas felices y desgraciadas, pues él repartió alegrías e ilusiones, desató odios y represalias y precipitó crímenes tenebrosos. Pero por encima de todo, los paisanos lo distinguieron como un valiente capaz de alzarse contra los abusos, se regocijaron por las proezas insólitas con que se burló de los que mandaban, agradecieron sus gauchadas, le abrieron las puertas de los ranchos para compartir con él lo que tenían y lo que anhelaban, magnificaron sus poderes milagrosos que trascendían los lindes de la vida y la muerte y lo entronizaron como un mito con pretensión de eternidad.

Era la viva estampa del gaucho, el héroe furtivo y rebelde que encarnó el afán de la libertad para los campesinos, pero cuya índole estaba en pugna con la organización del Estado. Porque los jinetes sin tierra ni patrón que proliferaron en esta parte del mundo en tiempos en que sobraba el ganado bagual para cazar, siempre anduvieron fuera de la ley, y ese destino no varió por más reconocimientos que les valiera regar su sangre en la arena de incontables batallas en la edad heroica de la independencia y los alzamientos federales. Cuando la tierra terminó de ser alambrada y los rebaños fueron marcados por los estancieros, muchos se habían transformado en una clase regular de trabajadores rurales, pero sus rasgos bravíos perduraban en el modo de vida de los criadores, los reseros, los domadores, y especialmente entre los baqueanos, cazadores y matreros de las zonas marginales.

En los nuevos territorios que se incorporaron a la jurisdicción nacional tras la Campaña del Desierto, aún se daban condiciones propicias para el gauchaje. La línea de la frontera bonaerense, donde campearon célebres malevos como Santos Vega, *Hormiga*

Negra y *Moreira*, se había corrido al sudoeste de la pampa seca. La policía rural todavía llamaba *gauchos* a los bandidos o malvivientes de esta zona, y los relatos por milonga que cuentan las hazañas de Vairoleto lo pintan con la traza gauchesca.

Claro que las cosas estaban cambiando: él era un hijo de colonos piamonteses, que prefería empuñar el Winchester o el Colt y usaba el facón para abrir latas de conservas. Sin embargo, la lucha por la vida en el campo aún parecía la misma. La conquista había despojado y arrinconado a los restos de la estirpe indígena, y los que vinieron a poblar después, peones y puesteros criollos y arrendatarios inmigrantes, eran igualmente campesinos sin tierra, maltratados por los administradores de la civilización. De entre ellos se alzó como un reto la sombra del bandolero. Su existencia y su leyenda son inseparables de la historia de aquella gente en la época de la pampa violenta.

* * *

La imagen inolvidable de su terruño y de lo que Vittorio Vairoleto había dejado atrás cuando resolvió embarcarse hacia el nuevo mundo, era una fiesta de bodas en la aldea, donde todos cantaban y brindaban con las copas y botellas en alto. Los Vairulat, como se pronunciaba en piamontés, eran una numerosa familia de campesinos oriundos de la provincia de Cúneo, al sur de Turín. Vittorio, un mozo fuerte, parco, de cara huesuda y nariz prominente, conoció a Teresa en Villa Faletto, cuando todavía era una niña espigada y graciosa, y la pidió en matrimonio. En 1884 él cumplía veintinueve años y ella quince. Los padres de la chica, Antonio Mondino y María Buchi, conocían a los Vairoleto, sabían que eran gente humilde y trabajadora, y estuvieron de acuerdo. Aquel día, después de la ceremonia religiosa hubo una fiesta memorable en la villa, animada por las canzonetas, el baile y el vino casero, congregando a viejos, jóvenes y niños de las familias que se unían para celebrar el acontecimiento.

Un año después nació el primer hijo de la pareja, Manuel. Pero en aquella región las posibilidades de prosperar eran muy escasas para los aldeanos pobres, y concibieron el proyecto de ir a América. Varios miembros de la familia Mondino, emigrados años antes, les mandaban noticias favorables desde la Argentina, un país donde hacía falta mano de obra y eran bienvenidos los labriegos italianos para poblar las colonias agrícolas. Ilusionados por esas perspectivas, Vittorio y Teresa se dispusieron a marchar al nuevo continente con su bebé recién nacido. Había que ir a Turín y tomar el tren hasta el puerto de Génova. Desde allí era posible costearse el viaje trabajando en el mismo barco, como habían hecho otros, paleando carbón en las calderas. Así fue como se despidieron de sus familiares y amigos y de los valles del Piamonte, sin saber que era para siempre.

El barco en el que cruzaron el océano se llamaba *Scriva*, y si los registros no nos engañan llegaron a destino en el año 1885. Atracaron en Buenos Aires, una ciudad misteriosa para ellos, y siguieron hasta Rosario remontando el gran río Paraná. Al bajar en los muelles con sus bultos, mientras la sirena de la nave seguía anunciando el arribo, los emigrantes de tercera clase se encontraron con una cantidad de gente que les hablaba en piamontés, ofreciéndoles los más variados destinos y trabajos a cambio de alojamiento y

comida. Todo les resultaba asombroso y no era fácil saber qué les convenía, pero tenían que hacer la prueba. Vittorio comenzó trabajando en la cosecha de esa temporada, y emprendieron un largo itinerario buscando un pedazo de tierra donde afincarse.

En ese mismo año, 1885, el Congreso de este país dictaba la ley de premios militares, otorgando tierras a los conquistadores del desierto en una escala que iba desde miles de hectáreas para los jefes hasta cien para los soldados rasos. También en aquellos días, el ex presidente Sarmiento denunciaba en las columnas del periódico *El Censor* los manejos del general Roca, que adjudicaba campos a sus “*agraciados*” aprovechando el empréstito aprobado en 1878 con el pretexto de financiar la expedición. Conforme a la ley 947, la Caja de Crédito Público vendió miles de títulos amortizables con tierras, que se negociaron en las bolsas de Buenos Aires, París y Londres: una operación “*ruinosa para el Estado*”, cuyo mecanismo seguía empleando Roca años después de cerrada la suscripción y concluida la conquista. “*Es necesario llamar a cuentas al presidente y a sus cómplices en estos fraudes inauditos*” clamaba Sarmiento. La colonización por pequeños propietarios, según el modelo norteamericano que él siempre había propugnado, llegaría a tornarse imposible: “*Al paso que vamos, dentro de poco no nos quedará un palmo de tierra en condiciones de dar al inmigrante*”.

Los Vairoleto anduvieron durante años peregrinando de un lado a otro por el sur de la provincia de Santa Fe. Vittorio encontró diversas ocupaciones temporarias y también fue arrendatario, con variada suerte. Aunque en todas partes predominaban las estancias ganaderas, que eran de una extensión prodigiosa, inconcebible para él, las zonas agrícolas se iban expandiendo. En épocas anteriores el gobierno provincial había auspiciado concesiones de predios fiscales y privados para los inmigrantes que no podían comprar la tierra. En ese momento, en cambio, los empresarios colonizadores alquilaban los campos al por mayor a los latifundistas y los hacían trabajar por arrendatarios o aparceros. Las compañías intermediarias se ocupaban de realizar los loteos y contratar agricultores, imponiéndoles todas las condiciones. Les entregaban pequeñas parcelas durante un par de años, cobrándose por lo general en especie: según el lugar, variaba entre el 12 y el 45 por ciento del producto neto anual, lo cual parecía razonable, aunque los gastos de semillas, útiles, cosecha y transporte corrían por cuenta del arrendatario y los precios los fijaban las compañías y sus contratistas. El resultado de la siembra dependía del suelo, los caprichos del clima y las imprevisibles cotizaciones de los cereales en el mercado mundial. Un año bueno rendía más de mil kilos de trigo por hectárea, y casi el doble de maíz. Pero si se perdía la cosecha, sobrevivir era problema del colono.

Vittorio tuvo que buscar conchabo en obras de construcción de las líneas ferroviarias y otras tareas estacionales. Para la trilla se tomaban horquilleros, carreros o “*pistines*”, fogoneros y aguateros; el trabajo era de sol a sol, y los maquinistas lo pagaban a su antojo. También se conseguían changas para embolsar y coser, o en el transporte y almacenamiento en las estaciones, pero había que deslomarse hombreando bultos de setenta kilos por el “*burro*” y subir al trote cuando se cargaban los vagones.

Entretanto, fueron llegando los hijos. Antonio y Magdalena nacieron en Montes de Oca, en 1890 y 1891. Después se mudaron a la colonia Los Algarrobos, que acababa de ser

denominada Carlos Pellegrini (en homenaje al egregio descendiente de italianos que llegó a presidente a raíz de la revolución del '90). Allí nació Simón Gregorio, en 1893. El quinto hijo, Juan Bautista, vino al mundo el 11 de noviembre de 1894 y fue bautizado dos meses más tarde, el 14 de enero, en la vecina parroquia de San Jorge. Le siguió Francisco, nacido también en Carlos Pellegrini en julio de 1897. La última fue María, en marzo de 1902, en la época en que se habían trasladado a la zona de Diego de Alvear, casi en el límite sur de la provincia.

En ese entonces se había inaugurado un nuevo tramo del ferrocarril que avanzaba desde Rufino al suroeste, entrando en la provincia de Córdoba, y hacia allá se mudó la familia, a la punta de rieles de la estación Italó. Era el antiguo emplazamiento de un famoso fortín de la frontera con los indios, en cuyos alrededores se extendían ahora las chacras trigueras. Seguía pasando por allí la diligencia que cada quincena venía de Trenque Lauquen trayendo pasajeros y mercaderías, pero el ferrocarril anunciaba otros tiempos.

Los Vairoleto arrendaron una parcela en los campos de Guerrero, poderoso terrateniente de la zona, en la cual permanecieron unos años. Por allí cerca se establecieron otros inmigrantes del Piamonte, incluso un sobrino de Vittorio que se llamaba igual que él, y formaron una familia en la que se repetían los nombres y apellidos. Juancito y sus hermanos hablaban a menudo con ellos en piamontés.

Los chicos fueron a la escuela de La Estancia Vieja, en la pedanía de Italó, que estaba a cargo de un maestro puntano. Había una sola aula para todos, y algunos hijos de puesteros que vivían lejos se albergaban en la misma escuela durante los días de semana. Juan Bautista era un niño de pelo claro y ojos azules, vivaz e inteligente, un poco más travieso que los otros. Le gustaba mucho dibujar y aprendió rápido a leer y escribir. Cuando iba a tercer grado ganó un certamen de lectura y el premio fue un libro que lo fascinó, el *Martín Fierro* de Hernández. En aquellas aulas pudo cursar hasta quinto grado.

En la chacra, por otro lado, tenía que colaborar en las faenas que variaban según el ciclo de las estaciones. Había que arar y sembrar, abonar y esperar que brotaran las espigas doradas del trigo, las cabezas amarillas de los girasoles o las flores azules del lino. Si no se perdían por la helada, el granizo o la langosta, llegaba el momento afanoso y feliz de la cosecha.

Sus padres lo colocaron durante un tiempo como ayudante en un almacén rural. El dueño era un turco de apellido difícil, que tenía dos pilones para balancear la romana, uno para comprar y otro para vender; aguaba las bebidas, se las ingeniaba para “estirar” la yerba, la harina y todo lo que vendía a granel, y en las libretas de crédito de los clientes les sumaba hasta el año en la columna de los precios. Entre el paisanaje que acudía a tomar sus tragos de vino, caña o ginebra, Juan trató a los criollos e indios que trabajaban de reseros, peones, hachadores, o vivían simplemente cazando zorros, liebres y avestruces. Desde el otro lado del mostrador, oyéndoles reírse de sus penas mientras calmaban la sed, viéndolos exaltarse o ponerse peleadores a los que tenían el vino malo y observando las mañas de su patrón para trampear a los mamados, entendió que un hombre debía medirse con la bebida si quería ser respetado.

Cada vez que el turco le dejaba llevar alguna mercadería, traía a su casa latas de duraznos en almíbar, que tanto le gustaban a su mamá, y a él también por cierto, aunque al repartir aquel manjar entre tantos que eran a la mesa siempre se quedaba con ganas.

Ya había cumplido los doce y era un muchachito flaco e inquieto que empezaba a sentirse hombre, cuando la desgracia se abatió de improviso sobre la casa. Un día de otoño vieron a la madre en cama, pálida y exhausta, postrada por una enfermedad extraña y dolorosa que le atacó el hígado. No había médico cerca, y el mal fue fulminante. A las 8 de la mañana del 6 de mayo de 1907, el corazón de Teresa se detuvo para siempre. Tenía sólo 37 años.

-¡Cristo, Madonna! -clamaba en vano Vittorio, mesándose los cabellos encanecidos.

Juan no podía entender este castigo del cielo. Aquel día comenzó a dudar de la existencia de Dios, aunque era terrible pensar que no hubiera nadie allá arriba para hacer justicia.

Sepultaron a la finada en el que después llamaron “cementerio viejo” de Italó, en una tumba que Juan no olvidaría nunca e iría a visitar más de una vez con el correr de los años. Los familiares contaban que mantuvo una imagen vívida de su madre y que la recordaba con veneración.

¿...Y mi niñez, cómo era?

¿Cómo era yo, mamá..?

Nunca lo supe.¹

Don Vittorio era ya un hombre maduro, nunca se curó de aquella tristeza y no volvió a casarse. Resolvió seguir luchando solo, con su prole. Sus hijos Manuel y Antonio eran grandes. Magdalena, que tenía dieciséis años y se parecía mucho a la madre, tuvo que reemplazarla ocupándose de los más chicos, Francisco y María. Los del medio “ya estaban criados” y por lo tanto merecían menos atención. Simón, muy rubio y nervioso, apenas un año mayor que Juancito, era el que tenía más afinidad con él y en esas circunstancias se sintieron más unidos.

Por entonces frecuentaba la chacra Francisco Alcante, un arriero que solía pasar llevando hacienda por esa ruta y tenía amistad con Vittorio. Era un hombre bien plantado, de piel rugosa y muy tostada, que imponía su austero señorío de baqueano. Le tomó cariño a Juancito, tratándolo como ahijado. El chico lo veía venir montado con los guardamontes de oveja, le oía contar historias de su vida errante y admiraba la destreza con que sus grandes manos armaban un cigarro, trenzaban una soga o hacían zumbiar el arreador. Él comenzó a entrenarlo para que llegara a ser buen jinete.

Alcante y otros viajeros les hablaron del nuevo Territorio que se extendía desde el linde de la provincia de Córdoba hacia el sur. Había estancias y haciendas y los campos eran buenos para sembrar, especialmente al este de los montes de caldén, donde llovía en abundancia. Desde la expedición contra los indios, esa inmensa región estaba vacante y no se sabía quiénes eran los dueños, pero ahora se comenzaban a tender las líneas ferroviarias y se entregaban lotes en arriendo, al parecer en mejores condiciones que en otros lugares. Vittorio decidió hacer un viaje de reconocimiento y volvió con buenas

¹ “Bairoletto”, de J. Ricardo Nervi, en *Aldea Gringa*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1983.

noticias. Así fue como en 1908, junto a sus parientes y otros chacareros de origen piamontés, abandonaron Italo y se trasladaron para tentar suerte a la incipiente Colonia Castex, donde acababan de llegar las vías del tren.

* * *

Los hijos de Vittorio recordarían siempre aquel viaje en carro hacia la tierra prometida, cargando hasta el tope sus pertenencias, las ruedas hollando un camino apenas visible entre los olivillos y el pasto puna, las ondulaciones del terreno adornadas por la cresta de los montes, las lagunas en cuya superficie reverberaba el sol y celebraban su fiesta bandadas de garzas y flamencos, los latigazos del viento haciendo rodar los cardos secos y la enorme circunferencia desnuda del horizonte. ¿Adónde iban? Esa llanura baldía también tenía una historia.

La Pampa Central estaba trazada en los mapas desde 1876, cuando todavía eran los dominios de Calfucurá, aunque los cristianos recién la poseyeron después de la campaña del general Roca. Ésta consistió en pasar por las armas a unos dos mil guerreros, matar o reducir a los caciques, incendiar las tolderías, sementeras y campos de invernada, confinar en lejanos puntos del país como sirvientes a los prisioneros y a la chusma de mujeres, niños y ancianos, y arrojar los restos de las tribus “al otro lado del río Negro”. Veinte mil leguas ganadas para la civilización. Según el lenguaje de los partes militares, la región había sido totalmente *limpiada*.

Las mejores praderas, contiguas a la provincia de Buenos Aires, se las adueñaron algunos inversores extranjeros, principalmente ingleses, negociantes de tierras porteños y estancieros bonaerenses, suscriptores del empréstito que teóricamente financió la conquista, en virtud de lo cual pudieron elegir y adjudicarse nada menos que ocho millones de hectáreas. De ellas, la mitad correspondía a los cuarenta latifundios de Casey, Drysdale, Alston, Alvear, Anchorena, Del Carril, Ataliva Roca y otros, y lo demás se repartía entre unos 200 propietarios, cuyos títulos circularon, se valorizaron y cambiaron de mano durante años sin pagar impuestos y sin que nadie viniera siquiera a ver sus campos. Algo semejante ocurrió con la tierra fiscal remanente que se remató o se entregó de diversas formas.

Las leyes eran buenas, en el papel. Según la ley 1.265 de 1882 la tierra pública debía venderse en remate, previa mensura y división, no pudiendo adquirir cada persona o sociedad más de 40.000 hectáreas de pastoreo o 400 “de pan llevar”, o sea para agricultura, con obligación de poblar e introducir hacienda en unas y de cultivar las otras. Sin embargo, los lotes se vendían en forma directa o en subasta, sin mensurar ni clasificar, y no se verificaba la ocupación. Entre 1880 y 1910 se vendieron directamente un millón de hectáreas, y tres millones y medio en remates, a precio vil. Mediante testafierros y transferencias se burlaban las cláusulas contra el acaparamiento, y la Dirección General de Tierras era inoperante contra los fraudes. En cuanto a las concesiones de Premios Militares a quince mil expedicionarios, que se ubicaron en zonas más alejadas del sur, la mayoría de los soldados malvendieron sus certificados al portador, de modo que la mitad

de los cinco millones de hectáreas que se repartieron desde La Pampa hasta Tierra del Fuego quedó en poder de no más de dos docenas de personas.

Mientras tanto, frente a la inercia del gobierno y de los especuladores, algunos pioneros llevaban a la Pampa Central sus rebaños y se asentaban las primeras explotaciones ganaderas. La gran mayoría de los pobladores iniciales eran peones y criadores criollos, y también indígenas, que provenían de las tribus de “indios amigos” que acompañaron la conquista, pues los rebeldes habían sido exterminados o expulsados. Según el censo de 1895, el 82 por ciento de los veinticinco mil habitantes que se contaban en esta jurisdicción eran argentinos. Recién con el nuevo siglo llegaron los “caminos de hierro” y comenzaron a surgir las colonias de inmigrantes italianos, españoles, rusos y de otras nacionalidades, cuyos anuncios atrajeron a los Vairoleto y al grupo de piamonteses que vino de Italó.

Las compañías ferroviarias tenían gran interés en el poblamiento de las puntas de rieles para asegurarse el volumen del tráfico. Entre 1897 y 1911 se tendieron por la Pampa Central las líneas de los ferrocarriles Sud y Oeste, concentradas después en manos de un grupo financiero británico ligado con las compañías de tierras. Esa red de 1.500 kilómetros, sólo superada en extensión por las de las grandes provincias, señalaba la importancia del nuevo Territorio. En el mismo período, en la región cruzada por las vías, la agricultura se expandió de tres mil a dos millones de hectáreas sembradas y la población llegó a cerca de 90.000 almas, ascendiendo al 37 por ciento la proporción de extranjeros.

Algunos propietarios emplearon el sistema del arriendo para valorizar sus terrenos vírgenes y prepararlos para la ganadería, con los contratos que imponían hacer dos cosechas de trigo y dejar el lote sembrado con alfalfa; pero en otros campos se organizaron asentamientos más estables para la explotación cerealera.

El conde italiano Antonio Devoto, famoso empresario de aquel entonces, y su hermano Tomás, asociados en diversas actividades lucrativas y filantrópicas, eran decididos promotores de la inmigración de su país, y especialmente de campesinos piamonteses. En 1905 habían comprado un enorme dominio de más de 300.000 hectáreas a la South American Land Company e interesaron al Ferrocarril Oeste para extenderse por esta zona, que fue donde brotaron las localidades de Trenel, Monte Nievas, Castex y otras. La compañía que fundaron, Estancia y Colonias Trenel, fraccionó los campos y alquiló la mayor parte a una decena de intermediarios para que los subarrendaran. Uno de ellos, don Bartolomé G. Perrando, instaló una de las primeras casas de negocio en el incipiente poblado de Castex.

Alfredo Coscia, el administrador de Perrando & Cía., un tipo alto, elegante, muy vendedor, recibió en las oficinas a aquel gringo de grandes bigotes tipo manubrio que quería establecerse con sus siete hijos. Le ofreció unas 300 y pico de hectáreas del Lote 22, situadas como a tres leguas al norte de la estación, cerca de los caldenares de la “isleta” del monte Nievas. Las condiciones del arriendo eran al 17 por ciento de la cosecha, en granos seleccionados por la administración, limpios, embolsados y colocados en la estación del ferrocarril. Vittorio Vairoleto firmó sin discutir los papeles que le pusieron por delante y tuvo la esperanza de que aquel lugar pudiera ser el final de un

largo camino.

Perrando, italiano como los propietarios y como la mayoría de los colonos, pudo enorgullecerse de haber poblado la zona “hasta la última hectárea”. Los arrendatarios pusieron manos a la obra. Parte del campo de los Vairoleto era monte de caldén, pero era buena tierra negra para cultivar. La familia entera trabajó para poner en producción la chacra, levantando la casa de adobe y chapas, cavando pozos de agua, limpiando el terreno, alambrando y haciendo cercos. Algunos materiales los proveía la compañía, y se cargaban en una cuenta. No les reconocían compensación por las mejoras, así que todo era precario. Hasta el número de vacas o cerdos que podían tener estaba reglamentado para que no excediera el mínimo de consumo familiar. Las provisiones que iban necesitando se las fiaban los almaceneros, que también anotaban.

Las cláusulas del contrato obligaban a sembrar trigo, o lo que dispusiera la administración, con semillas provistas por ellos. El precio de las semillas, más las herramientas o los alquileres de los equipos, se agregaba a la cuenta. Otro gasto que se asentaba eran los seguros, en la compañía designada por la arrendadora. La casa Perrando mandaba sus propios contratistas con las espigadoras, las trilladoras y peones para el trabajo de cosecha, servicios que se cargaban en la cuenta. La producción, cuyo valor dependía de misteriosos vaivenes de las cotizaciones, debían entregarla íntegra al acopiador designado por Perrando. El embolsado y acarreo lo hacía otra cuadrilla enviada por la administración, con lo cual se sumaba a la cuenta el precio de las bolsas y lo que cobraba el contratista hasta completar la descarga en la estación ferroviaria. Tuvieron suerte con las primeras cosechas, pues las tierras nuevas dieron rindes excepcionales, pero cuando el administrador Coscia hacía los números seguían debiendo, a Perrando y a los almacenes, y corrían los intereses.

Para aliviar las cargas, a los hijos menores les buscaron ubicación como boyeros en las chacras vecinas, adonde iban a trabajar por la comida. El tropero Alcante, que seguía visitándolos en el nuevo hogar, acordó con Vittorio que llevaría a Juancito de acompañante en sus arreos para que aprendiera el oficio. El muchacho se entusiasmó ante aquello que prometía ser una verdadera aventura y que, sin saberlo, cambiaría para siempre su manera de ver la realidad.

Francisco Alcante era un gran conocedor de la región, experto en la senda de las rastrilladas indígenas, la Ruta de los Chilenos, la de las Víboras y otras; sabía encontrar los pozos de agua, orientarse de noche por las estrellas, interpretar el vuelo de los pájaros y ventear las mudanzas del clima, cuando el pampero traía frío y las rachas del norte la humedad. Le enseñó a Juan a entender y comunicarse con los caballos, a amaestrarlos para responderle en cualquier maniobra y circunstancia, a conocer sus cualidades a simple vista y a definir los innumerables matices del color de su pelaje. Lo adiestró para tirar las boleadoras y manejar el arreador y el lazo en todas sus variantes, tiro derecho, a la cruzada, por sobre el brazo, de revés, de codo vuelto, pasar sobre el brinco, enlazar de payanca y en cadena. Lo aleccionó para atender los chistidos de la lechuza, el rodeo de los aguiluchos o las apariciones de los peludos, y le reveló, por ejemplo, que cuando el sol se pone tiñendo el cielo de rojo amanecerá con viento, cuando el gallo canta a primera hora

de la noche anuncia niebla, cuando el zorrino se muda de día llevando la cría viene un temporal, y si la hacienda da culata a la lluvia y el ventarrón es porque seguirá la tempestad.

Durante dos años el muchachito compartió los trayectos que hacía Alcante hasta Victorica, General Acha, Anchorena y otros parajes. Uno de los arreos más grandes fue el que hicieron de Trenque Lauquen a Victorica llevando cientos de vacas de cría durante casi treinta días de marcha, para lo cual necesitaron contratar varios hombres más.

En esos viajes vieron la luz mala, que aparecía y desaparecía en la negrura de la noche. Uno de los troperos sacó el cuchillo y la puteó, dispuesto a pelearla, y otro le hizo la cruz con el rebenque y la faca, que eran los modos de afrontarla, y parece que dio resultado. Después revisaron las reses, porque aquellas apariciones podían hacer mucho daño a las personas y a los animales. Se contaban casos espantosos al respecto, obra del *Gualicho*, que se presentaba como un hombre vestido de negro, o *la Viuda*, que de noche se le podía enancar a uno de prepo en el caballo, y *el Chanco*, que era el más feroz de todos. Estos fantasmas eran almas en pena, encarnaciones del diablo o quizás enviados de los brujos. Juan preguntó hasta toparse con los límites de su entendimiento y sintió respeto por ese género de cosas que no tenían explicación.

El campo estaba poblado de maravillas y la naturaleza era una mezcla de formas de vida insospechadas, cada una con su propio lenguaje que había que aprender a discernir. Adentrarse por el monte, cabalgar y dormir al raso, compartiendo la ciencia de los criollos viejos, fue como descubrir de nuevo el mundo.

Un día Juan dijo que él también quería hacerse resero, y escuchó las cavilaciones de don Francisco:

–Mire, ahijado, este oficio es duro pero tiene sus compensaciones. Lo bueno es que no hay patrón y uno trabaja cuando quiere. Pero si se compromete hay que cumplir, que no se pierda ni un animal de la tropa, y hay que saberse aguantar el solazo y la helada. Eso sí, uno es libre. Diga que me gusta el aire de estos pagos, porque en de no, me voy y listo. Lo malo es llegar a viejo sin tener ande caerse muerto.

Los relatos de su padrino junto al fogón tenían para Juan una sugestión incomparable. Le conmovieron las historias de matreros que hacían hocar a los abusadores y se echaban al monte para defender su honor. Algunos gauchos de larga fama que dieron tela a Eduardo Gutiérrez para sus folletines, al salir de la prisión vinieron a vivir y morir en estos horizontes. Felipe Pacheco “el Malo”, presunto hijo natural de un general de Rosas que le dio el apellido, se hizo cuchillero en los arrabales de Buenos Aires y en el sur de la provincia se ganó el apodo de *Tigre del Quequén*, anduvo de domador, lo engancharon de milico en la frontera, decían que escoltó como baqueano a Calfucurá en su último alzamiento y después de mil vicisitudes, saldadas sus cuentas con la justicia, fue postillón de galera en la ruta de Acha a Trenque Lauquen; Brown, el fundador de Toay, le dio trabajo y se aquerenció con su mujer e hijos, hasta que finó de viejo en 1898. Julio Barrientos, rastreador y cantor, que se echó a rodar por trágicos amores y duelos, cabecilla de la banda de salteadores de *los hermanos Barrientos*, que se ocultaban en una gruta misteriosa de las sierras y se batían a trabucazos con las partidas, amparados por los paisanos en la zona de Tres Arroyos y Tandil, también vino al fin con su compañera a afincarse en Toay, donde lo achuraron en una pelea ocasional en una yerra, allá por 1893.

Mientras tanto, el hogar de don Vittorio se conmovía con una novedad: en 1909, Magdalena, la mayor de sus hijas, que ya había cumplido 18 años, dejó la chacra para casarse en General Pico con Bernardo Vairoleto, un joven de otra familia emparentada con ellos. Manuel, el primogénito nacido en Italia, se casó también en Castex al año siguiente. Juan volvió a la chacra en esa época, afiebrado por un enfriamiento que derivó en neumonía, y tuvo que suspender sus marchas con los arreos.

* * *

Trabajando de boyero en algunas chacras, como la de don Justino García, la de Bartolomé Grosso y la de Pedro Torchio, Juan conoció a mucha gente de la colonia y oyó hablar con admiración de un personaje singular, don Luis Denegri, que tenía apellido italiano pero no era un inmigrante como los demás. Una tarde de verano, cuando estaban trillando, lo vio rodeado por un grupo de hombres y se dio cuenta de que era él por el aspecto y la manera de hablar. El chambergo le cruzaba la amplia frente y se atusaba sus grandes bigotes manubrio. Llevaba un guardapolvo de hilo crudo encima del chaleco, con pañuelo al cuello y calzaba botas de media caña.

Don Luis era un campesino de tardía vocación y un filósofo del progreso agrario. Había sido marino en su mocedad y luego empleado en la administración de la provincia de Buenos Aires, hasta que sacó un premio en la lotería y decidió convertirse en agricultor. Así fue como vino a parar a La Pampa, con su esposa y su hermano menor Cipriano. Arrendó una chacra de 500 hectáreas cerca de la estación de Trenel y emprendió audaces innovaciones, adquiriendo toda clase de máquinas e implementos agrícolas con tal liberalidad que, cuando llegó el momento de sembrar, resultó que había consumido su capital en los preparativos; de modo que comenzó a acumular deudas que lo ponían en aprietos.

Los almacenes de ramos generales, además de las ventas ordinarias de provisiones y herramientas, intermediaban en el comercio de cereales y actuaban como bancos; muchos chacareros depositaban en ellos sus ahorros, operaban a crédito e incluso los que eran dueños hipotecaban el campo, de manera que a veces los almacenes se quedaban con las propiedades de sus deudores. Claro que también corrían riesgos, y algunos se arruinaron en tiempos de crisis. Hubo grandes casas que comenzaron siendo pequeños boliches, de esos que despachaban bebidas en el mostrador y medraban trampeando a los colonos y trabajadores. Los almaceneros prósperos adquirían tierras y diversificaban sus actividades mercantiles y agrarias. Según don Luis no eran mala gente, lo perverso era todo el sistema.

En las charlas que mantenía con sus vecinos, don Luis también se informaba y sacaba conclusiones sobre los manejos de las empresas colonizadoras. Decía que los contratos de arrendamiento imponían una servidumbre a los agricultores, peor que en los tiempos feudales, porque los terratenientes e intermediarios se asociaban sólo en las ganancias de la explotación, liberándose de cualquier carga social; y los métodos agrícolas primitivos, por falta de equipos y de orientación técnica, imponían una forma de

explotación agotadora, para la gente y para el suelo.

Su visión progresista se inspiraba en autores como José Ingenieros y Agustín Álvarez acerca de la cuestión social y moral, y en los libros de economía agraria del norteamericano Henry George, el profeta del Impuesto Único a la valorización del suelo, que para remediar las injusticias de la propiedad privada había concebido una magna reforma de carácter moderadamente socialista.

–El monopolio de la tierra –sostenía don Luis–, como un parásito del trabajo y el capital productivo, es la causa madre de todos los problemas. El que trabaja e invierte en el campo es el que tiene derecho a lo que produce.

Aunque a los arrendatarios humildes, como los Vairoleto, se les escapaban ciertos términos teóricos de su discurso, sabían por experiencia cómo eran las cosas y lo escuchaban con gusto. Las ideas que exponía a veces sonaban utópicas, igual que los experimentos de su chacra, pero a fin de cuentas todos ellos habían venido a estas pampas en pos de quimeras tan inalcanzables como la posesión de la tierra o la felicidad.

El gobierno nacional no escuchó nunca las propuestas de una política racional de colonización. El Informe que hizo en 1904 Juan Bialeto-Massé, aquel eminente médico y abogado catalán que recorrió el país comisionado por el entonces ministro del Interior Joaquín V. González, para estudiar la situación de las clases trabajadoras, proponía crear colonias con argentinos nativos, cediendo gratuitamente lotes indisponibles por diez años, y también reservas indígenas de propiedad comunal, en las tierras fiscales vacantes que aún existían. Invocaba razones evidentes de necesidad social y de estrategia para la integración del país, y además, fundándose en prolijos relevamientos sociohistóricos, técnicos e incluso fisiométricos, sostenía la superioridad de los criollos e indígenas para las tareas y oficios rurales. Entre otros ejemplos recordaba el fracaso inicial de la famosa Colonia Esperanza, fundada por Aarón Castellanos en Santa Fe, que sólo pudo revertirse cuando los inmigrantes reemprendieron los cultivos con el auxilio de agricultores criollos conocedores. Pero, al igual que las *“colonias de hijos del país”* que propuso José Hernández en su tiempo, estas ideas cayeron en el vacío. El gobierno no hizo nada, y los colonizadores privados siguieron sus propios planes.

El año del Centenario de la Revolución de Mayo se inició bajo el estado de sitio, a raíz del atentado de un joven ácrata ruso que hizo volar en pedazos al jefe de Policía Ramón L. Falcón, famoso represor de las luchas obreras.

En las elecciones nacionales de marzo se había impuesto el candidato oficial, Roque Sáenz Peña, con la abstención del radicalismo. En mayo de 1910, el gobierno de Figueroa Alcorta restableció el estado de sitio para sofocar los preparativos de una huelga general, llenando las cárceles con sindicalistas, anarquistas e incluso dirigentes socialistas. Al día siguiente de una tremenda explosión que ensangrentó los alfombrados del Teatro Colón, las cámaras del Congreso, compuestas en gran mayoría por los representantes del fraude, sancionaron la Ley de Defensa Social, prohibiendo cualquier forma de agitación anarquista y amenazando con penas de cárcel el activismo gremial, en términos tan drásticos que el diario *La Nación* la calificó como *“un instrumento terrorista análogo a la misma propaganda que se propone extirpar”*.

Quienes leían los periódicos seguían aquella cadena de sucesos con preocupación. En *La Prensa* del 9 de julio, aniversario de la independencia, un editorial señalaba que la gran masa de inmigrantes arribados a lo largo de medio siglo conservaba la nacionalidad de origen e infundía en sus hijos el culto de la patria paterna, ante la ausencia de leyes de naturalización y el egoísmo de los círculos políticos que temían incorporarlos como votantes, todo lo cual abonaba *“los prejuicios de que la República Argentina era más una colonia que una nación”*.

El nuevo presidente tuvo ocasión de explicar en su mensaje al Congreso cuál era la filosofía oficial sobre la colonización. La explotación de la agricultura pampeana requería que los propietarios lotearan y equiparan los campos, vendiéndolos con grandes facilidades a los colonos, o que éstos tuvieran recursos para comprar e instalar las chacras; como nada de ello era posible, la alternativa era el arriendo. En efecto, la tierra pública ya estaba “distribuida” y la propiedad era inaccesible para los labriegos sin capital. No obstante, el gobierno, como todo el mundo, confiaba en la Providencia: *“El gran factor de avance de la agricultura en La Pampa Central, como en otras regiones, es la confianza bien fundada que todos tienen en la prodigalidad de la naturaleza”*.

Los problemas surgieron cuando la Providencia dejó de prodigar las lluvias. Mientras las autoridades y la aristocracia porteña exhibían su opulencia agasajando a los príncipes europeos en las fiestas del Centenario, los agricultores sufrían una época de sequía y estrechez en la Pampa Central. Tanto que aquel invierno los más perjudicados se lanzaron a un movimiento sin precedentes. Lo iniciaron los arrendatarios de la zona de Macachín, donde predominaban los “rusos”: en realidad eran ruso-alemanes, judíos, rumanos, húngaros y otros europeos del este. Se levantaron pidiendo ayuda del gobierno, se proclamó una huelga, hubo desórdenes y amenaza de saqueos en masa a los comercios. El conflicto se extendió y fue contenido por la policía, reforzada con un contingente militar enviado por tren desde Bahía Blanca. El gobierno nacional intervino para socorrer a los colonos. Fue tal la repercusión de estos sucesos en Italia que tiempo después, cuando el ex presidente Figueroa Alcorta visitó como embajador al Papa, Pío XI le preguntó si los campesinos de Macachín todavía pasaban hambre.

En Castex, como en otros lugares, se hicieron sentir los ecos de la protesta y entre los colonos comenzó a circular la palabra *huelga*. Una medida de fuerza de los ferroviarios se expandió por todo el país y hubo drásticas represalias, con obreros presos y extranjeros deportados. A mediados de 1912 la ola se encrespó en Santa Fe, con el Grito de Alcorta, planteando la rebaja de los arrendamientos, contratos por un mínimo de cuatro años y otras demandas. Impulsada por socialistas, anarquistas y radicales, con ayuda de algunos curas y comerciantes, la huelga llegó a Córdoba, Buenos Aires y La Pampa.

Nunca se había visto un alzamiento campesino de tal magnitud. De ahí nacieron las agremiaciones rurales, la Federación Agraria Argentina y las Ligas Agrarias, con las cuales hizo causa común la FORA, representando a los jornaleros. Los anarquistas, con su estilo medio extravagante, fueron los más combativos y los más golpeados por la represión. En Santa Fe, el vicegobernador radical Caballero presidió una comisión mediadora, y el gobernador de La Pampa Felipe Centeno mostró su buena voluntad refrenando las arbitrariedades policiales.

En la localidad de Uriburu se fundó la Liga Agraria Regional pampeana, que

estableció seccionales en los pueblos. El secretario general Antonio Buirá, un socialista, y su hermano Demetrio, impulsaban la organización desde Uriburu, en tanto los Denegri y José Azzi eran los principales animadores del movimiento en las colonias de la zona norte.

Aquel año Juan Vairoleto cumplió la mayoría de edad y fue a enrolarse al Juzgado de Paz de Castex, donde le entregaron su libreta de ciudadano. Eso implicaba que lo iban a llamar para el servicio militar. Supo también que se había dictado la ley Sáenz Peña, por la que ahora el voto era obligatorio y secreto para terminar con el fraude y el comercio electoral. Eran cosas a las que su padre no le daba importancia, pero él recibió su documento con orgullo, tal como lo habían hecho antes sus hermanos Antonio y Simón, aún cuando no supieran muy bien qué significaba.

* * *

Un día de abril de 1913 arribó a Castex una comitiva de ilustres visitantes, que se alojaron en la chacra de Denegri. El fundador del Partido Socialista y reciente diputado nacional Juan B. Justo, un hombre robusto y más bien bajo, de barbita y mirada inquisidora, había emprendido una gira por las zonas en conflicto para apoyar el movimiento y tomar contacto con los agricultores, acompañado por un joven cabezón de anteojos que era su discípulo y también diputado Nicolás Repetto. Venía con ellos el novel abogado porteño Pedro E. Pico, delgado, de incipiente calvicie y característicos lentes sin montura, establecido el año anterior en Santa Rosa, desde donde colaboraba con la Liga Agraria. Don Luis se sintió halagado de recibirlos, en especial a una eminencia como el doctor Justo, médico, economista, sociólogo y educador, con quien se le presentaba la ocasión de confrontar ideas.

Los viajeros comentaron el recorrido que estaban haciendo y hablaron del caso cercano de Colonia Inés y Carlota, uno de los focos de agitación campesina. Las señoritas Inés y Carlota Drysdale, que jamás estuvieron en el país, eran dueñas de aquel gigantesco latifundio que rodeaba varios pueblos, heredado de unos comerciantes ingleses que se enriquecieron como proveedores del ejército en la Guerra del Paraguay. En 1906 habían comprado 40.000 hectáreas fiscales a 50 centavos la hectárea, y cuatro años después las alquilaron a la firma Arocena, Saralegui, Cordiviola & Cía., quienes las subarrendaban a un promedio de 5 pesos la hectárea en efectivo por año, o si no al 16, 18 y 20 por ciento de la producción libre de gastos, con estipulaciones indignantes para los chacareros.

—La renta de los propietarios ausentistas —concluía Justo— pone al desnudo la irracionalidad en la distribución de la tierra. El ausentismo en una forma agravada del capitalismo.

—Es el resultado de la avaricia por la apropiación privada —afirmaba Denegri—. Pero fíjense lo que sostenía Henry George: no hace falta confiscar la tierra, podemos dejarles la cáscara si nos quedamos con la nuez. Eso es el *Single Tax*, señores. Ése es el programa que ustedes tienen que levantar.

—Afíliese a nuestro partido, don Luis —le decía Pico, que estaba entusiasmado con la organización de un centro socialista en Santa Rosa.

El joven Repetto, cuyos ojos parecían enormes detrás de las gafas, señaló que una reforma de fondo exigía dividir la propiedad, y Denegri alegó que ése sería el resultado a mediano plazo si se aplicaba el Impuesto Unico.

—Los campesinos nunca pudieron establecer en nuestro país la pequeña propiedad —sentenció Justo con una sonrisa mordaz, mesándose la barba— y a fuer de sinceros, tampoco hoy la demandan. De cualquier manera, yo estoy de acuerdo con don Luis en plantear un impuesto a la propiedad territorial, para reemplazar a los que gravan el consumo de las clases trabajadoras.

—Pero no sobre el capital productivo, sino sobre la tierra libre de mejoras —advirtió Denegri, y se enzarzaron en una ardua discusión acerca de los usos del suelo y el régimen impositivo, para volver luego a la cuestión de la subdivisión, debatiendo los pros y contras de que los arrendatarios se hicieran pequeños propietarios en la perspectiva de evolución a largo plazo del sistema productivo y, en relación con lo mismo, los efectos de la penetración del capital británico en las economías agrarias del mundo.

La charla continuó en el transcurso de la cena, sin agotar el cúmulo de asuntos divinos y humanos que se iban suscitando, y sólo la interrumpieron a los postres para escuchar a la dueña de casa, quien, en una faceta inesperada para los invitados, exhibió sus dotes de cantante y les dedicó las mejores piezas que sabía. Fue una noche inolvidable. Años más adelante, cuando se convirtió en un celebrado dramaturgo, reinventando los sucesos y personajes de esa época, Pico haría una emotiva evocación de la figura de don Luis.

La protesta logró que algunas compañías rebajaran los arrendamientos, e incluso las deudas usurarias que soportaban los agricultores. Pero el líder del movimiento estaba arruinado. Los acreedores lo acosaban, perdió la cosecha y al final tuvo que desalojar el campo. Entonces se instaló en una humilde casa, mezcla de rancho y chalet, a las orillas del Castex. Los colonos le ayudaron a subsistir cuando las casas de comercio le cerraban las puertas y la cuenta corriente. Se convirtió en consejero y mediador para conciliar pleitos y vivía de las retribuciones en especie que recibía, unas gallinas, un costillar, huevos, leche, más las comisiones que le daban Pico y otros abogados por los asuntos judiciales que les enviaba.

Cuando lograba hacerse tiempo, Denegri escribía. En el *Album Gráfico* que editó Ludovico Brudaglio en 1915, para el décimo aniversario de General Pico, publicó un artículo acerca del movimiento agrario pampeano; fue corresponsal del órgano de prensa del Partido Georgista que se creó en Buenos Aires, y con su hermano sacaban cuando podían un periódico propio, *Ráfagas*.

Mientras tanto, Juancito Vairoleto iba a menudo al pueblo, donde había funciones de circo o de teatro, proyectaban películas mudas y venían a actuar diversos conjuntos musicales. Entre las anécdotas de ese tiempo, nunca olvidaría la vez que llegó Carlos Gardel en gira artística, interpretando aquellos primeros tangos que lo fascinaron, a él y a otros amigos con quienes después aprendió a bailar sus compases con cortes y quebradas. El artista se presentó en el teatro-cine Colón, y aunque todavía no era tan famoso, el recuerdo de su visita se iría agigantando con los años. En aquella ocasión homenajearon al

Zorzal con un asado a la criolla en casa de Denegri, y en la memorable sobremesa, mientras los muchachos del pueblo se asomaban formando un gentío en el patio para escucharlo, él templó la guitarra y entonó a dúo con la esposa de don Luis la canción “Ay ay ay” de Osmán Pérez Freire.

En 1915 Juan fue convocado para el servicio militar. Junto a otros jóvenes de la colonia de su misma clase, lo mandaron al Regimiento 2 de Caballería. Esa unidad de Lanceros, que había participado en las expediciones contra los indios en la época de Roca, estaba entonces en Ciudadela, en las afueras de Buenos Aires. La disciplina era dura, pero Juan se adaptó a los rigores del entrenamiento, se sentía a gusto ocupándose de los caballos y podía ejercitar sus habilidades de jinete. También aprendió a tirar al blanco con armas largas, demostrando tener buena vista y el pulso firme, y perfeccionó una pasmosa puntería.

En aquel entonces Europa estaba en guerra, pero todo eso quedaba muy lejos y además el gobierno había declarado la neutralidad. Las experiencias militares de Juan no fueron más allá de las maniobras en el campo y un par de desfiles por la ciudad para las fechas patrias. En esas ocasiones los fotografiaban con sus espléndidos uniformes de gala, las botas lustrosas y los cascos acorazados que remataban en una punta de lanza. En las salidas del cuartel, el concripto pudo conocer la Capital en el apogeo de la *belle époque*, caminó por las calles empedradas, viajó en tranvía eléctrico y fue a pasear su curiosidad por la imponente Avenida de Mayo. Aunque nunca llegaría hasta el mar, pudo contemplar al menos desde las riberas el gran Río de la Plata. Vio el lujo de los palacios y la miseria de los conventillos, frecuentó los boliches de los barrios del puerto y las diversiones con mujeres en los piringudines del Bajo, y cuando transcurrió aquel año y lo licenciaron, volvió a sus pagos con menos ganas de seguir en la chacra.

* * *

El pueblo de Castex se iba haciendo importante. Situado en el centro de una de las áreas más pobladas del Territorio, había crecido mucho desde 1908, cuando se realizó el loteo original en campos de don Eduardo Castex. Fue éste un agrimensor porteño que acumuló un gran capital en tierras, cobrando en títulos las mensuras para los adjudicatarios del empréstito de la conquista, tras lo cual se volcó a su carrera política en la Capital Federal, de modo que los castenses nunca lo conocieron ni supieron muy bien qué era lo que debían agradecerle, aparte de haber dado su nombre a la población.

Las urbanizaciones eran emprendimientos semejantes a los de la colonización agraria: cualquier propietario podía hacer una subdivisión, y por donde pasaba el ferrocarril el éxito estaba asegurado. A veces se instalaba un centro comercial dando lotes en arriendo, y cuando la afluencia de gente y actividades formaba una población, el “dueño del pueblo” gestionaba algunos servicios públicos para valorizar más los terrenos y optaba por vender o aumentar los alquileres. También en materia urbana el gobierno nacional *se abstenía*, y al adjudicar las tierras a los suscriptores del empréstito de la conquista se olvidó del artículo 19 de la ley 947 que disponía reservar terrenos para crear

nuevos pueblos y asentar a los indígenas sometidos. La colonia Epumer, proyectada en 1908 para algunas familias de “indios amigos”, fracasó porque fue ubicada en un lugar inhóspito donde el agua se hallaba a cien metros de profundidad.

Las ciudades principales surgieron de fraccionamientos privados, como la futura capital Santa Rosa, en 1892, cuyo fundador Tomás Mason y sus sucesores siguieron acaparando la mayor parte de los solares; o General Pico, en tierras propiedad de Castex rematadas en 1905 por Eduardo de Chapeaurouge, quien había arribado a La Pampa como secretario del gobernador Eduardo Pico, y adquirió los lotes no vendidos en la subasta convirtiéndose en el dueño y administrador del pueblo. Más grave fue cuando se descubrió que las localidades pioneras del Territorio, Victorica y General Acha, fundadas en 1882 por el ejército expedicionario, se levantaban en predios otorgados a algunos suscriptores del dichoso empréstito. Los representantes de las respectivas firmas pretendieron adueñarse de las poblaciones enteras y se armó tal batahola que el gobierno nacional tuvo que recomprar la tierra, pagando diez y veinte veces más, en cada caso, el precio que habían oblado los mismos adjudicatarios.

En cuanto a Castex, el censo de población efectuado en 1912 registró 1.682 almas, cifra que sobrepasaba el millar que exigía la Ley de Territorios, por lo cual tenía derecho a constituir autoridades municipales con el voto de los vecinos, ciudadanos y extranjeros. En 1914 se le reconoció la autonomía y se realizó la primera elección para designar un concejo de cinco miembros y el juez de paz, posiciones copadas por el grupo de ricos comerciantes y hacendados que encabezaban los hermanos Ramón y Paulino Zamarbide. Estos españoles de origen navarro tenían desde 1904 un establecimiento de campo en Conhelo y se habían instalado en Castex con un almacén de ramos generales en el momento de su fundación. Ramón Zamarbide ocupó la presidencia del Concejo municipal. Entre los vocales estaba Alfredo Coscia, el mismo que como gerente de Perrando arrendó la chacra a Vittorio Vairoleto. Paulino Zamarbide tenía entonces 34 años, era menor que su hermano y aún no figuraba en ningún cargo, pero era un tipo recio, de fuerte temperamento, que llevaba adelante los negocios y se perfilaba como caudillo.

En tanto, las reivindicaciones logradas por los campesinos a partir del Grito de Alcorta tenían que ser defendidas frente a la resistencia de los terratenientes y empresarios. Las secuelas del conflicto se prolongaron, y comenzó a correr sangre. En 1916, el abogado Francisco Netri, inspirador del movimiento e ideólogo de la reforma agraria, fue asesinado en las calles de Rosario. Al dirigente campesino Francisco Menna, anarquista, lo mataron en 1917 en Firmat. Denegri mantenía relaciones con los directivos de la Federación Agraria para integrar a la Liga pampeana en la organización, aunque estas cuestiones tropezaban con enfrentamientos internos entre los socialistas y los que propugnaban la independencia de los partidos.

Don Luis tuvo contacto también con el movimiento que reclamaba la provincialización del Territorio, a través de radicales progresistas como el joven abogado Alberto Grassi. Solidario con los agricultores, Grassi juzgaba la “*colonización mezquina*” de latifundistas e intermediarios como “*una plaga peor que la langosta o el bicho de canasto*”, y vaticinaba que, a raíz del arcaico sistema de cultivos, “*único que, con raras excepciones, se permite al colono*”, las tierras se debilitarían a corto plazo en su capacidad

productiva; un pronóstico que habría de cumplirse, lamentablemente, años después.

Los provincialistas le echaban la culpa de todo a la posición subordinada de estas gobernaciones, que desde la Conquista del Desierto se mantenían bajo un estatuto *colonial*. La Ley de Territorios de 1884 las había creado, subdividiendo la Patagonia y el gran Chaco, para administrar la fabulosa superficie de más de un millón de kilómetros cuadrados que quedó fuera de la jurisdicción de las provincias. En la Capital Federal, donde residían los terratenientes y tenían su sede las compañías inversoras extranjeras, se designaban los gobernadores, dependientes del Ministerio del Interior, se manejaba la policía y se digitaban los demás empleos y fondos del presupuesto público. Dios estaba en todas partes pero atendía en Buenos Aires. Según los requisitos de población que había previsto la ley, La Pampa tenía sobrado derecho a convertirse en provincia; aunque Denegri y otros no creían que eso pudiera favorecer demasiado la causa agraria.

En el Territorio no existía un partido conservador, ni falta que hacía, pues la elite porteña se entendía directamente con el gobierno nacional. A las pequeñas burguesías locales se les concedía una cuota de poder, limitada aunque no desdeñable, a través de la autonomía municipal. Los comerciantes y ganaderos medianos establecidos en La Pampa vacilaban: algunos se identificaban con los terratenientes y otros simpatizaban con los chacareros, que constituían la clientela de sus comercios.

Al comienzo, la política pueblerina en Castex había sido bastante opaca. Sin embargo, con el ascenso del radicalismo surgió una inesperada oposición al grupo que controlaba la comuna: ahí empezaron los tiros. En los comicios nacionales de abril de 1916 había triunfado Yrigoyen, gracias a la ley que Sáenz Peña concedió a la oposición después de años de abstención y revoluciones, y se anunciaba una nueva era política que iba a influir sin duda en el Territorio.

Los Zamarbide no eran precisamente yrigoyenistas, aunque tampoco estaban en contra. Eran gente que no se interesaba por las ideas, sino por las cosas prácticas. Sin embargo, comenzaron a preocuparse cuando, al mes siguiente de las elecciones, llegó para radicarse en el pueblo un médico cordobés que venía de Buenos Aires, Pedro Cometa Senestrari. Su aparición fue bienvenida en principio, ya que el doctor Lacoste no daba abasto atendiendo aquella populosa zona, pero resulta que el nuevo doctorcito se presentaba además como paladín de la causa radical, dejando trascender que era íntimo amigo de Yrigoyen y de los hombres que se disponían a ascender al poder. En esos mismos días, el 12 de mayo, se realizó una asamblea en General Pico para fundar la Unión Cívica Radical pampeana, oportunidad en la cual Cometa se incorporó como vicepresidente tercero a la Comisión promotora que encabezaba el fiscal del Juzgado de Santa Rosa, Domingo González Costa.

El recién llegado se movió astutamente en Castex. De aspecto plácido y regordete, con sus modales señoriales y persuasivos, demostró ser un enérgico orador y organizador. Les juntó las cabezas a varios comerciantes y ganaderos desafectos a los Zamarbide, comenzando por los hermanos Héctor y Athos Isola, dueños de otro almacén de ramos generales, e incluso a Perrando. Financiado por ellos, creó y presidió en Castex el Comité Félix Miele, hizo editar el semanario *Tribuna Radical* y urdió un arreglo con *La Voz de*

Castex, aunque este periódico cambiaría varias veces de bando. A los del nuevo grupo los bautizaron “*chivos*”, por la imponente barba hasta el pecho que lucía su principal mentor, el calvo don Héctor. Ellos replicaron llamando “*carneros*” a los de la facción contraria.

Cuando los chivos se pusieron molestos y sacaron al sol los trapos sucios de la gestión comunal, por ejemplo ciertos “errores” de los balances en virtud de los cuales desaparecían cientos de pesos, o las coimas que cobraba el juez de paz Cirilo Ramírez, los carneros contestaron acusando a Cometa de impostor, arribista y estafador, llamándole “*Naná*” por sus maneras afeminadas, y luego siguieron las descargas de plomo: asaltaron el comité, ultimando a balazos a uno de los hombres que los enfrentó, atacaron a varios policías que les respondían y llegaron a asesinar a un oficial. Pero Cometa no se arredró. En los comicios locales de julio de 1917 presentaron una lista encabezada por don Héctor Isola, que si bien no alcanzó a ganar les permitió ocupar dos cargos por la minoría en el Concejo comunal.

Los carneros crearon el Partido Radical Departamental, adecuándose a la nueva situación política pero sin sujetarse a la conducción partidaria territorial, donde tallaba Cometa. En efecto, en la primera Convención del partido, reunida en setiembre de 1918, aquél ascendió a vicepresidente primero de la Junta central, y meses después quedó como titular al renunciar a la presidencia el abogado Mariano F. Pascual.

En esa época los hijos de Vittorio Vairoleto ya se las arreglaban por su cuenta. Manuel y Magdalena se habían ido hace tiempo. Antonio se independizó, haciéndose cargo de un lote de 300 hectáreas que arrendaron en la misma colonia. En 1917 el viejo cumplió 62 años, y aunque tenía buena salud se le hacía duro trabajar en el campo, de manera que decidió mudarse a una pequeña quinta suburbana en *Castex* con su hija menor María y dejarle la chacra a Simón. Éste se casó al año siguiente con Teresa Sciú, otra hija de colonos.

Juan alquiló una pieza en el pueblo. Su padrino Alcante ya no estaba para esos trotes de tropero y se había establecido en un puesto de una estancia del Tordillo, pero lo recomendó a la firma de Zamarbide, donde le encargaron algunos arreos de mulas y caballos. También trabajó como parvero y auxiliar en las máquinas trilladoras, y ayudaba a atender el boliche de su pariente Bernardo Lovera en las afueras de *Castex*. Después se puso de carrero junto con Francisco, el menor de sus hermanos varones, ocupándose de llevar y traer cargas de la estación del ferrocarril.

En *Castex* todos lo conocieron como un joven discreto, de carácter afable, e hizo muchos amigos. Su hermana Magdalena era lavandera en el Hotel Nervi, donde el dueño, don *Yuanín*, le confiaba a Juan la atención de las canchas de bochas. En las carreras cuadreras sobresalía como un extraordinario jinete, y adiestraba a sus pingos tratándolos con gran cariño. Esto llegó a fastidiar a la patrona de la casa en que vivía, porque solía ausentarse dejando el cereal en la habitación para que su caballo entrara a comer y el lugar quedaba hecho un chiquero.

Rubio y delgado, mediano de estatura –1,68 m según sus datos de enrolamiento–, Juan tenía un marcado parecido con su hermano Antonio, lo cual era motivo de equívocos. Cierta vez se hizo pasar por él para pedirle un adelanto por la cosecha a

Paulino Zamarbide, quien luego se la reclamó a Antonio y resultó que estaba vendida a otro. A Paulino, que era un hombre orgulloso y de mal genio, no le hizo ninguna gracia aquella picardía y exigió a los hermanos que le devolvieran la plata. Juan volvería a atravesarse más adelante con él en circunstancias más complicadas.

* * *

En 1918 otra gran huelga rural se irradió por Santa Fe, Córdoba, Buenos Aires y La Pampa. Los chacareros se negaban a cultivar si no se satisfacían las demandas. La sección de la Liga Agraria en Castex, uno de los focos neurálgicos del conflicto, era presidida por Valeriano Bajo, un español de ideas anarquistas; el secretario era Orestes Mazzaferro; y junto a ellos, los Denegri eran el nervio de la movilización. Don Luis ejercía la persuasión, y en caso de apuro la “mano pesada” de su hermano Cipriano se hacía respetar.

Las compañías comenzaron a desalojar a muchos arrendatarios. Los desbordes de los activistas y la acción policial para sofocarlos crearon una espiral de violencia. Hubo tumultos, se prendió fuego a los campos y ardieron las parvas y las bolsas del cereal cosechado. Algunos de estos hechos fueron provocaciones de la policía. Los intereses afectados clamaban contra los “sediciosos” y “ácratas” que dirigían el movimiento, denunciando actos de sabotaje, atentados a la propiedad y amenazas contra los labradores que no secundaban la huelga.

El gobierno de Yrigoyen medió, haciendo equilibrio entre las presiones opuestas; pero la lucha de clases se propagaba por el campo y la ciudad. Mientras llegaban noticias de la revolución de octubre en Rusia, el año 1919 comenzó con la huelga metalúrgica de la *Semana Trágica* en las calles de Buenos Aires, siguió con una serie de estallidos sangrientos en los obrajes chaqueños y en las fábricas de La Forestal, y fue un momento culminante de la protesta agraria en la región pampeana.

Aunque en el municipio de Castex los chivos eran minoría, el doctor Cometa presidía el partido en el Territorio y contaba con palancas decisivas en los altos círculos del gobierno nacional, a través del senador Federico Zelarrayán y ciertos funcionarios del Ministerio del Interior. A comienzos de 1919, al cesar dos concejales de la mayoría, los cometistas provocaron una acefalía y coparon la comuna, haciendo cubrir los cargos por don Antonio Torres y otros “comisionados” adictos, nombrados a dedo desde Buenos Aires. La furia de los carneros era de imaginar.

La huelga campesina se extendía. El primero de mayo de 1919 se celebró una multitudinaria convención de la Liga Agraria en el magnífico recinto del Teatro Español de Santa Rosa, donde un centenar de delegados reafirmó la decisión de la huelga. “Cuando la razón no basta, la fuerza se justifica” era la consigna que Denegri lanzó a viva voz en esa ocasión. Designaron la directiva de la Liga, eligiendo presidente a Luis Denegri, vice a Luis Glerean y secretario a Antonio Buirá. El manifiesto que aprobaron, en nombre de los 7.000 agricultores del Territorio, había sido redactado por don Luis. Proclamaba que el malestar del campo tenía su raíz en la monopolización parasitaria de la tierra. La huelga pretendía una “rápida evolución” mediante una reforma legislativa de cinco puntos:

arrendamiento por cinco años, renovable por otros cuatro; inembargabilidad de los útiles de trabajo, caballos, semilla y alimentación; compensación por las mejoras; nacionalización del seguro, y anulación de toda cláusula contractual que obligara a restringir la producción. Cuando terminó su lectura, la estruendosa ovación emocionó a don Luis. Los colonos tenían una causa, un programa, una conducción, y él era el principal responsable de llevarlos al triunfo o al desastre en aquella batalla.

El ministro de Agricultura de Yrigoyen, el ingeniero Alfredo Demarchi, que había viajado a Santa Rosa tratando de apagar el incendio, quería hablar a los chacareros y se hizo presente en la asamblea. Subió al escenario y comenzó su alocución enfatizando la buena voluntad del gobierno, pero en un pasaje censuró los disturbios provocados por los agitadores “maximalistas”, expresión que aludía a los bolcheviques rusos, lo cual motivó una réplica vibrante de Buirra. Las razones con que le contestó descolocaron al ministro, que se sintió visiblemente incómodo y terminó pidiendo disculpas, halagando la inteligencia y patriotismo de los agricultores, e incluso prometiendo que al volver a Buenos Aires conversaría con el excelentísimo señor presidente de la República y les comunicaría de inmediato por telegrama el resultado de esa trascendente entrevista, de la cual nadie tuvo jamás noticias.

Sin embargo, antes de irse, el ministro autorizó la mediación del delegado agrónomo regional, el ingeniero Roberto Godoy, y refrendó la formación de una comisión asesora con representantes de los sectores interesados, incluyendo a la Liga, para dialogar y hallar soluciones. La comisión emprendió una gira reuniendo en cada localidad a los colonos, empresarios y terratenientes. El 3 de mayo hubo una gran asamblea en Castex, y así comenzaron a renegociarse los contratos.

Los propietarios y subarrendadores tuvieron que ceder. El conflicto de Estancia y Colonias Trenel con cuatrocientos chacareros, entre los cuales se contaban ciertamente Antonio y Simón Vairoleto, se arregló a fines de mayo concediéndoles contratos por cinco años, indemnización de las mejoras y otros beneficios. Perrando aceptó rebajar un dos por ciento los arriendos, con libertad de compra de las semillas, hacerse cargo de la mitad del costo de acarreo, aumentar el área de pastoreo al veinte por ciento del predio, contratación libre del seguro y la trilla y anulación de las ventas anticipadas de la cosecha, y hasta tuvo que devolver los certificados de propiedad de los animales que retenía a numerosos colonos en garantía de sus deudas.

Pero simultáneamente, alguien desde arriba ordenó a la policía reprimir, aplicando la ley 7.029 “de Defensa Social”. Comisionado directamente por el gobierno nacional con plenos poderes, el comisario inspector Carlos M. Montaña quedó a cargo de la zona norte para poner orden. La policía colocó edictos bien visibles en muchos lugares advirtiendo que la ley prohibía cualquier tipo de asociación y reunión para difundir doctrinas anarquistas o preparar o instigar hechos ilegales, penando con hasta tres años de prisión la coacción para promover una huelga o boicot. El 8 de mayo los chivos sacaron un boletín de *Tribuna Radical* amenazando a los “maximalistas” de la Liga, y en particular “a los dirigentes que en realidad no son agricultores”. Los carneros, en cambio, en su periódico *El Radical* y luego en *El Pueblo*, mostraron cierta simpatía oportunista con el movimiento, no obstante reclamar la contención de los desmanes.

Numerosos militantes fueron encarcelados y se procedió contra los directivos de la

Liga. Al presidente le imputaron los hechos ocurridos el 2 de mayo, cuando volvía de la asamblea de Santa Rosa una caravana de seis autos portando banderas rojas y sus ocupantes se detuvieron en algunos campos para arengar a la huelga, así como otros discursos e incidencias en Castex y Anguil, donde varios contratistas y sembradores fueron conminados a abandonar sus tareas. La ley establecía un procedimiento verbal sumarísimo que debía tramitarse en diez días. El vicepresidente Glerean y el secretario Buirra fueron apresados, enjuiciados y condenados en forma expeditiva. A José Azzi lo llevaron enfermo de gripe desde su casa en Monte Nievas y, después de varios intentos, también localizaron y arrestaron a Luis Denegri.

En Castex, el inspector Montaña actuó con el respaldo de los cometistas y hostilizado por los carneros, a quienes amenazó con “romperles los lomos” por su falta de colaboración. La reaparición de Montaña irritaba al jefe de policía Domingo Palasciano, pues había sido antes comisario en La Pampa, sumariado varias veces, trasladado al Chaco y luego adscripto al Ministerio del Interior, siempre palanqueado por influencias políticas; los rumores decían que era hijo natural de Carlos Pellegrini. Palasciano “declinó toda responsabilidad” por la actuación del inspector, y fue él quien tuvo que dejar la Jefatura. Los carneros se dirigieron a la Gobernación, a cargo entonces del secretario don Arturo Argañaraz, recordando los malos antecedentes de Montaña, señalando los ultrajes y detenciones arbitrarias que había perpetrado, así como su ineficacia para controlar la huelga, de todo lo cual se hizo eco el periódico socialista porteño *La Vanguardia*, y finalmente lo removieron del cargo.

En todo el país hubo feroces represalias con intervención de la policía y el ejército. Los diputados socialistas pidieron una interpelación al ministro del Interior, a quien el doctor Repetto reprochó la forma tan primitiva como despiadada con que pretendían aplastar aquel movimiento que bregaba por la equidad y el progreso de la agricultura.

En La Pampa, a los huelguistas procesados les aplicaron condenas de hasta dos años de cárcel. Pedro E. Pico, secundado por un abogado radical, Severo González, defendió a Denegri y a otros, impugnando los procedimientos y refutando que la Liga fuera una organización anarquista, pero la ley era draconiana. Aunque don Luis era un reformista moderado, quizás eso lo tornaba más peligroso para los intereses amenazados. En la inhóspita cárcel de Santa Rosa, acusado por atentar contra el orden social, se puso a escribir un libro sobre la teoría y la práctica de los derechos naturales del hombre.

Paralelamente a las luchas del campo, aquel año los provincialistas hicieron una movilización que culminó en la capital territorial. “*La juventud y el pueblo proclaman legítima la revolución*” titulaba el diario *La Autonomía*, que dirigía un promotor de esta corriente, el vehemente abogado Marcos Molas, al dar cuenta del acto realizado a fines de julio en la plaza principal de Santa Rosa. Los oradores más fogosos fueron los jóvenes radicales Pedro Fernández Acevedo, quien llamó al “pueblo oprimido” a sacudir el yugo, y Alberto Grassi, que planteó conquistar la autonomía valiéndose “*de la fuerza de la razón y de la justicia, o de la justicia y la razón de la fuerza*”, la misma consigna sostenida por Denegri en la cuestión agraria. La concentración se había hecho transgrediendo la negativa del permiso según la Ley de Defensa Social, y terminó disuelta por la policía. Hubo disturbios y los detenidos fueron remitidos al juez de paz Arturo Guevara, quien se inhibió “*por haber tomado parte en la manifestación*”. Los ánimos sólo se aplacaron

cuando el presidente Yrigoyen, a mediados de agosto, envió un proyecto de provincialización de La Pampa, que murió en los cajones del Congreso.

En Castex se precipitaron otros sucesos en los últimos meses de 1919: mientras la guerra entre chivos y carneros se exacerbaba y la comisaría se convertía en centro de la disputa, uno de los hijos del colono Vairoleto se enredó en aquel desdichado asunto que le llevó a matar a un policía y lo empujó al otro lado de la ley.

* * *

Al comisario Mariano Santa María, aunque hasta la redundancia de su nombre atestiguaba la devoción de su madre por la Virgen, medio pueblo de Castex lo tenía por un hijo de puta. Le reprochaban haber entrado a la función pública por la ventana, incurrir en una larga lista de excesos, chanchullos y trapisondas desde la comisaría y ser un sirviente de las maquinaciones del doctor Cometa, todo lo cual lamentablemente era cierto.

Era frecuente en aquel entonces que a cualquier pariente desempleado de la aristocracia porteña lo colocaran en algún puesto de la policía de territorios, y él debía su promoción a un senador de la Nación que llevaba el mismo apellido. Claro que no era un destino brillante. *“No es un secreto para nadie que conozca los territorios nacionales que la policía es muy mala y que ni medianamente llena la compleja y honrosa misión que le está asignada en esta sociedad”* reconocía en su Memoria de 1919 el gobernador interino de Santa Cruz, Edelmiro Correa Falcón, que había sido hasta el año anterior comisario inspector en el Chaco. En suma, que gran parte del personal superior no estaba donde estaba por sus méritos, sino por acomodo; y la tropa, mal pagada y poco instruida, dejaba mucho que desear. Era ingrato, pensaba él, que a un hombre con linaje de estancieros lo mandaran a esos confines de la República a poner la cara y hacerse odiar por la gente.

Los límites entre la autoridad y la delincuencia eran difusos. Había comisarios que mandaban bandas de cuatreros, coimeaban en la instrucción de los sumarios o servían de capangas electorales a los caciques políticos; a menudo, de todo un poco. A Mariano Santa María sus padrinos lo habían enviado a ponerse a disposición del doctor Cometa Senestrari, que era una bella persona, con quien se había entendido enseguida, muy educado y discursador, aunque algunos malandras que lo rodeaban eran capaces de cualquier cosa. Pero peor era la patota de sus adversarios, entre cuyas hazañas se contaba, por ejemplo, el atropello a mano armada al comité de los chivos donde cocinaron a balazos al pobre José Campos, el atentado en el que le estropearon un brazo al policía Luis Bianchi y la emboscada con que finaron al joven oficial Bustamante Posse, otro vástago de una familia de alcurnia que vino a malograrse en esta aldea. Ahora los carneros se la habían agarrado con él y le estaban haciendo la vida imposible.

Alguien tenía que hacerse cargo de guardar el orden, reflexionaba don Mariano. Había épocas en que este pueblo de mierda y su colonia se convertían en un polvorín y cualquier chispa podía hacer saltar todo. Donde se juntaba la gente baja siempre había peligro, y la cosecha cerealera atraía bandadas de jornaleros de las provincias vecinas. Por suerte los adelantos mecánicos iban sustituyendo mano de obra, aunque los contratistas

retardaban la introducción de las modernas cosechadoras para amortizar sus máquinas de trilla. Hacían falta demasiados brazos. En las playas ferroviarias, los capataces nombrados por los jefes de estación contrataban grandes cuadrillas para hombrear bolsas, ¿y qué clase de bestias, pensaba el comisario, eran capaces de soportar ese trabajo en las estibas?

En los meses de verano, la invasión de peones golondrina desbordaba la villa. Dos mil o tres mil personas, a veces familias enteras, entre las cuales llegaban individuos de mal vivir, linyeras y agitadores anarquistas, viajando en los trenes de carga y acampando en terrenos del ferrocarril. Cuando no conseguían trabajo eran como manadas hambrientas, pedían ayuda para comer o se dedicaban al pillaje. Al caer el sol, la tentación de la bebida podía hacer estragos. No había policía suficiente para contenerlos, y los vecinos andaban con el revólver al cinto. También pululaban los tahures, rufianes y chorros que les sacaban a muchos infelices por la noche lo que ganaban en el día. Cierta vez, por diversión, uno de esos pistoleros que nunca faltaban en las calles hizo puntería con un gringo que se había trepado a arreglar un molino y lo bajó como a un chorlito.

Con la huelga agraria, meditaba el comisario, los colonos se habían revirado. Quemaban las cosechas y no dejaban trabajar a nadie. Hubo que meter leña, y los calabozos no daban abasto. Días atrás, en Winifreda, un oficial había disparado desde el interior de la comisaría matando a un obrero. En el panfleto que sacaron los anarcos lo marcaban como un *“famoso polizonte y coimero”*, reclamando su castigo *“aunque más no sea para escarmiento de los que han de sucederle”*, y azuzaban a la gente: *“Levantemos nuestra voz de protesta y si ella no es atendida, las armas se harán atender y respetar”*. Esto era el colmo, protestaba don Mariano, ahora eran ellos los que amenazaban a los policías con cagarlos a tiros.

Y encima aquel muchacho Vairoleto, un hijo de gringos de la colonia que le había parecido tan prudente, aunque algo compadrito, como esos otros mozos con los que solía andar farreando, se le retobó a un gendarme y lo despachó así nomás metiéndole plomo. ¿A dónde iban a ir a parar?

El comisario tenía que estar al tanto de todo, pero aquel asunto se le había escapado en medio de otras graves preocupaciones y cuando se produjo el desenlace era tarde. Después le recordaron quién era el tanito Vairoleto, que se las rebuscaba con un puesto de venta de hortalizas y llegó a tener una sodería, que había vendido el invierno anterior a Melecio Salcedo; éste sacó en *La Voz de Castex* el aviso del traspaso de la *“fábrica de sodas y refrescos”*, que si bien no era más que una máquina de gasificar y las botellas, sin duda constituía un pequeño capital.

El muchacho no bebía de más ni era pendenciero, aunque le gustaba divertirse y frecuentaba las *“casas malas”*. Los prostíbulos, mezcla de bar, club y salón de baile, podía decirse que eran instituciones de la sociabilidad local. Había tres en Castex, el de la Julia, el del Ñato y el de la Francesa, donde ejercían en total unas 45 pupilas: las tenían bien contadas porque la comuna cobraba un arancel por la libreta sanitaria a cada una. Frecuentados por ricos y pobres, en sus mesas alternaban los maestros, el farmacéutico o el mismo comisario como cualquier paisano; aunque algunas veces aparecía el engreído de Paulino Zamarbide con su banda y hacían cerrar de prepo para quedarse solos.

Desde el estrado, que era alto para proteger a los músicos de los mamados y los

botellazos, la orquesta ejecutaba su repertorio, y pagando diez centavos por pieza para entrar a la pista los clientes podían bailar con las mujeres. Ahí fue donde Juancito Vairoleto adquirió fama de bailarín, cualidad por cierto poco común entre el paisanaje. Había una hermosa hembra, la Dora, con la cual formaban una pareja que daba gusto verlos, acompañándose en un pasodoble o haciendo los firuletes del tango con cortes. Pero el turco Elías Farache, que se había entusiasmado con la misma mina, comenzó a hostigarlo por celos.

Entre los milicos abundaban estos turcos, que en realidad eran árabes, o hijos de, famosos por lo bravos. El gendarme Farache ocupaba una de las plazas del antiguo cuerpo de policía montada, la Gendarmería de Territorios, que de hecho funcionaba ahora como un anexo presupuestario de la repartición y servía para contratar refuerzos. Ésta era una fuente de recursos para algunos comisarios que embolsaban los haberes de agentes imaginarios, algo que ya había denunciado años atrás el jefe de policía renunciante Romualdo Pizarro. El caso más gracioso fue el de Santa Isabel, al oeste del Salado, cuando un inspector se presentó a revistar la tropa y sólo pudo ver en pie al sargento, junto a dos uniformes de vigilante colgados en la pared, por lo que se instruyó un sumario y el jefe ordenó que el personal bajara a Santa Rosa para confeccionarles prontuario. El comisario telegrafió que los tres hombres habían partido a caballo, y al día siguiente envió otro despacho: *“lamento comunicar a usía que creciente de río Salado arrastró gendarmes y sargento; éste salvó, agentes desaparecieron bajo las aguas; búsqueda inútil”*.

En época de verano, cuando era más sensible la falta de efectivos, reclutaban como gendarme a cualquiera, sin la menor preparación, y Santa María había observado qué rápido aprendían los más brutos a aprovecharse del uniforme para llevar por delante a los paisanos.

Una noche, viendo cómo el joven se lucía con la Dora en la pista de baile, Farache lo encaró. El turco, aunque apenas mayor que él, era bastante más alto y corpulento, compadrón, fumando en boquilla, siempre jugueteando con la fusta en la zurda y haciendo brillar su anillo de oro fino. Parece que se le fue encima, lo zamarreó y lo sacó como chicharra de un ala, amenazando:

–¡Que no te vuelva a ver con esta hembra, porque te voy a hacer bailar de otra manera..!

No le hizo caso, y al encontrarlo con ella en otra ocasión volvió a echarlo, disparando unos tiros que dejaron los agujeros en las paredes de chapa del burdel.

La vez siguiente lo llevó a la comisaría. Se dijo que lo acusó en forma caprichosa por robar unas gallinas. En cuanto a lo que pasó adentro, a pesar de que se dijeron tantas cosas, ni Santa María ni nadie sabía bien cómo fue. Una pintoresca versión rimada lo contaba después por boca de un presunto compañero de prisión:

*Yo lo conocí en la cárcel
de la Colonia Castex,
él preso por desacato,
yo preso por no sé qué.*

*La cárcel era de chapa
como la comisería:
le hacían baldear el piso
y trabajar todo el día.*

*Nos matábamos el hambre
meta pan duro con ajo.
La pucha que los tiró,
¡linda autoridad, carajo!*

*Así pasaban los días,
juntando amargura y piojos,
y un odio de no creer
se le leía en los ojos.²*

Algunos suponían que el autor de estas cuartetas no fue en realidad otro preso sino Pedro Bordenave, que era agente de policía y un reconocido verseador. Se mencionaba en ellas a un sargento que lo puteó al detenido llamándolo “anarquista”, y se insinuaban cosas peores:

*Una tarde lo llevaron
para una declaración.
Lo trajeron casi en bolas,
descalzo y sin pantalón.*

Otra versión decía que Farache lo montó, tal como se doma un potro, poniéndolo en cuatro patas y sentándose sobre su lomo, mientras lo castigaba con el rebenque y lo espoleaba con las rodajas de sus botas de montar, hasta hacerle sangrar los ijares.

Según una cuñada de Juan que conoció de cerca los hechos, eso no ocurrió entonces, sino dos años más tarde en la comisaría de Rivadavia. Sin embargo, a quien quiera que le pregunten en La Pampa les va a contar que lo montaron con espuelas en la comisaría de Castex, pues así quedó grabado el suceso en la memoria popular:

*Pienso y no dudo que es cierto
lo que comenta la gente,
que lo jineteó un agente
en el mismo calabozo...³*

El muchacho empezó a andar armado. Su amigo Carlitos Rinaudo recordaba haberlo encontrado una tarde cargando revólver a la cintura, un Colt calibre 44. Ahora ya no tenía miedo a los milicos ni a nadie. Riéndose, le mostró también un *Winche* que llevaba bajo el cojinillo, y le contó que Farache lo había corrido días atrás hasta las afueras del pueblo,

² “Cuartetas a Vairoleto” anónimas que circulaban en Castex hacia 1933 en hoja impresa, recopiladas por J. Ricardo Nervi.

³ “Lo llamaban Bairoletto”, milonga de Enrique Omar Rodríguez (Santa Rosa, 1968).

pero entonces él le apuntó y el otro pegó la vuelta al galope.

—Mirá, yo no lo busqué —dijo—. Me quiere hacer la vida imposible para que deje el pueblo, pero no le voy a dar el gusto. Cuando se tope conmigo me las va a pagar todas juntas.

En esos días el comisario Santa María estaba demasiado ocupado con sus propios problemas como para prestar atención a lo que andaba haciendo el gendarme Farache. Primero fueron las acusaciones por la represión de la huelga agraria, que llegaron a los periódicos de Buenos Aires y hasta al Congreso de la Nación, aunque por suerte para él en ese asunto le cargaron la romana al inspector Montaña. Después los carneros se dirigieron al gobernador del Territorio, al juez del Crimen y al ministro del Interior, denunciando los desafueros de los comisionados municipales cometistas y especialmente las “tropelías” de la policía de Castex, apuntando en primer término contra él, aunque también a Arístides Medone y otros oficiales que respondían a los chivos. Una comisión de vecinos organizada por los carneros había viajado a Santa Rosa en el mes de setiembre, y el gobernador interino Argañaraz hizo enviar de inmediato a Castex al comisario Pablo Gómez Molina para indagar las denuncias y hacer un sumario, con el cual a Santa María lo tenían agarrado de las verijas por las metidas de pata que había hecho por cuenta del doctor Cometa, de manera que corría el riesgo de que en cualquier momento lo destituyeran.

Así que cuando el 4 de noviembre de 1919 lo arrancaron de la siesta para decirle que en la esquina de la fonda de Peirone estaba despatarrado en el suelo uno de sus gendarmes, con un agujero de bala en el cogote y sin pulso, como habían podido verificar antes de cubrirlo con una frazada, y era el turco Farache, o lo que quedaba de él, y que algunos habían visto pasar como una exhalación a un jinete que huía hacia el norte con el revólver caliente en la mano, quien no era otro que Juan Vairoleto, lo primero que dijo levantando la vista hasta el techo fue:

—¡Esto era lo que me faltaba!

Después se acomodó la ropa, mandó llamar al doctor Cometa para examinar al finado y ordenó que salieran a buscar al fugitivo todos los hombres de servicio, que en ese momento eran cuatro: el oficial Medone como principal, el turco Miguel Abraim, Ismael Latorre y el cabo Antonio Soto. Un viajante de seguros de la compañía Franco Argentina se hallaba de paso en Castex, y fueron a buscarlo para que les prestara el automóvil y el chofer.

Lo que pasó luego está todo asentado en el sumario. La comisión salió en el Ford y varios kilómetros más adelante avistaron al jinete que atravesaba un trigal, a unos mil metros de distancia. Medone disparó al aire su carabina. Juan, en vez de detenerse, apuró el zaino. Según los policías, al oír un segundo tiro a sus espaldas sacó el revólver y contestó. La persecución se prolongó durante dos horas, recorriendo más de cuatro leguas por caminos, campos y terrenos sembrados, sin que el automóvil consiguiera descontar las siete u ocho cuadras de ventaja que llevaba el fugitivo. Éste hacía saltar al caballo las alambradas, mientras ellos tenían que ir haciendo rodeos o cortando los hilos. En tierra arada, la marcha del vehículo se tornaba penosa. Finalmente, el perseguido se internó en el monte Nievas, lo perdieron de vista y tuvieron que regresar antes de

quedarse sin combustible.

Al cabo Soto, que era un criollazo hábil, Medone lo había mandado a pedir un caballo en una chacra próxima, y continuó la búsqueda solo. Dos hombres que encontró arando le dijeron haber visto al prófugo pasar a pie. Siguiendo ese rumbo marchó hasta la chacra que entonces ocupaba Simón Vairoleto. Desmontó y con el Winchester en ristre se aproximó a la casa.

–¡Simón! –gritó–. ¡Decile a tu hermano que se entregue!

No obtuvo respuesta. De pronto, escuchó un galope y se agachó para evitar los balazos que sonaron a sus espaldas. Juan había salido por la puerta trasera y escapaba llevándose el caballo que él dejó por ahí. Entonces tomó puntería con el rifle. Teresa, la mujer de Simón, trató de interponerse, pero el cabo le aseguró que no iba a matarlo. Enfocando desde unos trescientos metros, gatilló tres veces y el animal, alcanzado por un proyectil, rodó entre una nube de tierra. El jinete salió despedido y poco después lo vieron correr hacia una ceja de monte, donde desapareció.

Falto de municiones, según dijo, Soto decidió regresar. En el camino de vuelta se cruzó con el comisario Cortalezzi y otros policías que, alertados desde Castex, habían salido del destacamento de Monte Nieves para colaborar en la persecución. Ésta terminó allí por el momento. Ya no iba a ser fácil encontrarlo.

Notas

Bandolerismo social. Eric J. Hobsbawm, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1968, y *Bandidos*, Barcelona, Ariel, 1976. Otras visiones: Anton Blok, “The Peasant and the Brigand: Social Banditry Reconsidered”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 14, nº 4, setiembre 1972, y Richard W. Slatta (ed.), *Bandidos: The Varieties of Latin American Banditry*, Greenwood Press, 1987; Gilbert M. Joseph, “On the Trail of Latin American Bandits: A Reexamination of Peasant Resistance”, *Latin American Research Review*, vol. 25, nº 3, 1990.

Colonización. Romain Gaignard, *La Pampa Argentina (1550-1930)*, Buenos Aires, Solar, 1989; Alberto J. Grassi, *La Pampa y sus derechos*, Buenos Aires, Merovich, 1929; Fernando Aráoz, Nidia Areces y Waldo Ansaldi, *Los trabajadores de la pampa*, Buenos Aires, CEAL, 1982/1986; Armando C. Forteza, “La colonización”, folleto nº 2 Seminario de Historia y Geografía Regional, IER/UNLPam, 1974; Elva Chaves de Festa, *La colonización agrícola en La Pampa, período 1889-1940*, Santa Rosa, FEP, s/d, cap. V; H. Walter Cazenave, *Campo pampeano*, Santa Rosa, FEP, 1994; Anamaría Mayol, “La captura de un espacio” y Julio Colombato, “La quimera del trigo”, en *Trillar era una fiesta*, Santa Rosa, IHR-UNLPam, 1995. *Informe Biolet-Massé*, Buenos Aires, CEAL, 1985, ps. 26-27 y 87. Norberto G. Asquini, “Desocupación y violencia en el agro pampeano”, en revista *Caldenia*, del diario *La Arena*, Santa Rosa, 5 octubre 1997.

Los Vairoleto. Prontuario nº 4678, Sección R.H., Policía de La Pampa y datos del Registro Civil. Escolaridad de Juan: Informe a fs. 44 del Expte. judicial Nº 73, Año 1925 (Archivo Histórico Provincial de LP). Historia familiar, Italo y padrino Alcante: Néstor A. Rubiano, notas en *El Diario*, Santa Rosa, 17 y 21 enero 1998 ; *Tras el rastro de Vairoleto*, General Pico, 1998, cap. I; *Más allá de la frontera.... Vairoleto. Historia y leyenda de un bandolero*, Buenos Aires, Corregidor, 2004. En Castex: nota “Don Bartolomé G. Perrando”, en *El Pueblo*, Castex, 28 setiembre 1919; referencias al autor de Teresa Sciú (1985), Armando A. Coscia (1967), J. Ricardo Nervi y Juan H. Follis (1986).

Matreros. Félix San Martín, *A través de La Pampa*, Buenos Aires, 1899, ps. 25-28; José C. Depetris, “Un personaje de novela en el Toay fundacional”, en *Caldenia*, de *La Arena*, 9 julio 1994.

Conflictos agrarios. Lázaro Montes, “Don Luis Denegri. Un georgista en La Pampa”, en *Caldenia*, de *La Arena*, 22 marzo 1986; Plácido Grela, *El Grito de Alcorta*, Buenos Aires, CEAL, 1985; Demetrio Buirra, “El inmoral manejo de la tierra pública y nuestros antiguos conflictos agrarios”, serie de notas en *La Arena*, Santa Rosa, 20 al 30 agosto 1973; Pedro Fernández Acevedo, “La huelga agraria de 1919 en La Pampa”, en *Primera Hora*, General Pico, 11 junio 1969; *La Autonomía*, Santa Rosa, 27 mayo 1919; Norberto Asquini y Walter Cazenave, “La rebelión rusa de Macachín”, en *Caldenia*, de *La Arena*, 12 abril 1998. Luis Denegri, *Los derechos naturales del hombre en la práctica*, Castex-La Plata, 1921. Fundación J. B. Justo, *Juan B. Justo y la cuestión nacional*, Buenos Aires, 1980. Montaña y la represión: *La Vanguardia*, Buenos Aires, 15 setiembre 1919 y *El Pueblo*, Castex, 21 y 28 setiembre 1919; *La Autonomía*, Santa Rosa, 6, 7 y 30 mayo, y 1 julio 1919. Expte. judicial N° 255, Año 1919, Denegri Luis y otros, infracción Ley 7.029 (Archivo Histórico LP).

Provincialistas. Alberto J. Grassi, ob. cit.; Ismael Orizaola Roldán, *Historia del Provincialismo de La Pampa*, Buenos Aires, 1933-34. Jorge Etchenique, *Pampa Central. Movimientos provincialistas y sociedad global, 1ª. Parte (1884-1924)*, Subsecretaría de Cultura del Gobierno de La Pampa, 2001. *La Autonomía*, Santa Rosa, 28 y 29 julio, 1 y 14 agosto 1919.

Juventud en Castex. Ref. de Luis Zamarbide (Castex, 1967). Servicio militar: datos del Archivo General del Ejército. Ocupaciones: ref. de J. R. Nervi y Nicolás Palacios (Castex, 1967); anuncio en *La Voz de Castex*, 2 setiembre 1919; Néstor A. Rubiano, nota en *El Diario*, 23 enero 1998. Informe policial del Expte. judicial N° 73, Año 1925 (Archivo Histórico LP).

Chivos y carneros. Reseña histórica de Castex en *La Reforma*, General Pico, 19 diciembre 1958. Ref. al autor y Archivo de J. Ricardo Nervi. Posiciones ante la huelga: *Boletín de Tribuna Radical*, Castex, 8 mayo 1919, y otros periódicos locales.

Policías. Informe de Correa Falcón: Osvaldo Bayer, *Los vengadores de la Patagonia trágica*, Buenos Aires, Galerna, 1972, t. I, ps. 57-58, nota 2. Denuncias de Pizarro: Ismael Orizaola Roldán, ob. cit., t. I, ps. 99-100. Caso de Santa Isabel: *La Voz de Pueblo*, Uriburu, 1º mayo 1926. Panfleto de Winifreda: E. Chaves de Festa, *La colonización agrícola en La Pampa*, documento n° 11, p. 79. Plazas de Gendarmería: ref. de José Aquiles Regazzoli (1986). Farache (o Farach), gendarme o agente según el sumario y partida de defunción, figura como cabo entre el personal caído en funciones en *Revista Policial de La Pampa*, Santa Rosa, setiembre-octubre 1948.

Incidentes con Farache. Ref. de J. Humberto Morán y Guido Vottero (Castex, 1967). El sumario no identifica a la pupila; P. Fernández Acevedo, en el folleto *Los crímenes de Bairoletto* (Santa Rosa, Gobierno Propio, 1941), le dio un nombre supuesto (ref. al autor del mismo Fernández Acevedo, 1967); las “Cuartetas a Vairoletto” la llaman “Dora o María”. Doma con espuelas: ref. de Teresa Sciú (Castex, 1985).

Homicidio y fuga. Dichos de Rinaudo: J. R. Nervi, “Realidad y mitología de Bairoletto”, en *Primera Hora*, 1 de abril de 1972. Expte. N° 24 Año 1920, “Vairoletto Juan B., homicidio”, Juzgado Letrado (Archivo Histórico LP). Persecución de Soto: confirmada por Teresa Sciú (1985).